

EL TEATRO DE GUIÑOL EN MURCIA

Jorge Galán

Titiritero

Creo haber recorrido con mis teatrillos casi todos los pueblos, pedanías y barrios de esta hermosa región de Murcia que, dicho sea, posee una larga tradición de buenas compañías de títeres: Los Claveles, Periferia, El Teatro de Carmen, Mimaia, Teatro Bernal de El Palmar, Desguace Teatro, Cascabel, Penguin y muchos más, que demuestran la gran afición a esta actividad de los niños murcianos de cualquier época, desde la Edad Media hasta la actualidad.

Los lectores que cuenten con algunos añitos, posiblemente recordarán (seguro que con cariño) allá por los gloriosos años 60 y 70, los cuentos de Chacolí y su inseparable Enanito, en lucha siempre con la malvada bruja Candelaria y el Gigante Barba Azul, al rescate de la princesa «Luzmilita de sus sueños». El titiritero protagonista de este espectáculo, que presentaba como *Las Marionetas del Mago Arós* era un asturiano procedente de Mieres y se llamaba Manuel Ardura Nacho. Si vive, tendrá ya cerca de 90 años.

Por la feria de septiembre venía a Murcia. Acudía todos los años, puntual a la cita con los niños murcianos, e instalaba su teatrillo de telas y tubos en El Malecón, las plazas de Belluga, Santo Domingo o la Glorieta, que se llenaban a reventar en esas mañanas soleadas de la ciudad. Al terminar la función, Chacolí y Luzmilita iban llamando a algunos niños y entregándoles caramelos. Pura magia.

Yo le vi, de pequeño, por Semana Santa, en la plaza del Ayuntamiento de mi ciudad, Cartagena. Iba sentado sobre los hombros de mi padre una mañana luminosa, fresquita y mediterránea. Nunca lo olvidé y desde entonces quise ser como él. Quise ser titiritero... ¡y vaya si lo fui!

Esencia de los títeres

El títere posee un especial magnetismo de raíces mágicas. Sobre ellos se proyectan amores, odios, pasiones y deseos, siempre con un lenguaje vivo y directo. Fascinan a la humanidad, porque la simbolizan. Los disparates, lo absurdo, y hasta lo escatológico adquieren ingenuidad y frescura al ser expresado por muñequitos cuando interpretan esta antiquísima farsa de origen popular.

Durante un tiempo, alterné mi trabajo como Oficial en el Registro de la Propiedad con las actuaciones de títeres por toda la región, y también impartía cursos en los

CPR a docentes. En ellos daba cuenta, y los profesores me lo ratificaban, de las múltiples aplicaciones de este arte como recurso didáctico.

Facilitan el aprendizaje al tiempo que estimulan los tres canales de percepción: auditivo, visual y cognitivo. El títere constituye un puente ideal para la transmisión de conocimientos y experiencias, resultando ser una valiosa herramienta para representar dudas y miedos, o para hacer de intermediarios en algún conflicto.

Los titiriteros, amigos de los niños, preservan su esencia audaz y rebelde, capaces de defender la verdad y la justicia... ¡A cachiporrazos si hace falta!



Figura 1. Cartel Misiones Pedagógicas. Retablo de Fantoques.

Orígenes

La marioneta más antigua de la historia sería probablemente una muñeca puesta en las manos de una niña, a la que dio voz, movimientos y vida propia. Se han encontrado evidencias de la existencia de títeres en la sociedad egipcia, en el año 2000 a. C.; muñecos articulados de madera y cerámica para su uso en ceremonias religiosas o como juguetes para niños.

Pero el teatro de títeres que hoy conocemos lo aprendimos de los griegos, que se referían a las marionetas como *neuropasta*, un vocablo vinculado al manejo o movimiento con hilos.

En pueblos islámicos como Turquía o la antigua Persia se hacían representaciones épicas para ensalzar el valor de sus héroes. Marionetas idénticas a las utilizadas entonces pueden ser adquiridas aún hoy en los bazares de esos países.

Tal era la fuerza de comunicación de este arte que, durante siglos, iglesia y nobles utilizaron la destreza de los titiriteros para representar escenas religiosas o ensalzar al rey de turno con sus conquistas y batallas. El pueblo se agolpaba en mercados, atrios y plazas, emocionado como niños, para escuchar al titiritero, aunque esta comunicación, tan elemental como efectiva, era utilizada por los poderosos para manipularlo.

En pleno barroco, en la Francia del siglo XVII, los títeres, bautizados como «marionettes a la planchette» iban acompañados de músicos y danzarines, con lo que

el espectáculo, cada vez más refinado y de mayor calidad, restaba público al teatro con actores humanos. Muchos titiriteros pagaron con la cárcel y la guillotina el ponerse del lado de los oprimidos ante los abusos de la nobleza y las diferencias sociales.

En España, según el profesor Barceló Jiménez (1980), fueron los juglares quienes introdujeron los títeres, que venían de Francia y de Italia, aunque no hay constancia de la existencia de ese arte hasta la Edad Media. Es en los juegos y farsas medievales donde se pueden encontrar los orígenes del teatro en Murcia. Las tres manifestaciones de carácter profano que se realizaban en nuestra huerta desde la Edad Media fueron los juegos, títeres y bailes, que se han mantenido hasta nuestros días, y fueron las precursoras del teatro en sus diversas manifestaciones, entreteniéndolo tanto al pueblo como a los reyes y nobles. Posteriormente fueron los moros los que introducirían nuevas formas, más elaboradas.

Dada la abundancia de la población morisca en el reino de Murcia, nos autoriza a suponer que dichas representaciones serían frecuentes en los últimos años de la Edad Media, si no con el esplendor y vitalidad de otras ciudades —Madrid, Sevilla, Valladolid, Málaga y Valencia—, por lo menos habrían muestras del género. Desgraciadamente, no he dado con referencias documentales relativas a la época temprana de nuestro teatro, pero sí con un documento posterior que nos puede alumbrar un poco: se trata de un decreto del Concilio Sinódico de Orihuela, publicado en 1600, que nos da a entender que los títeres eran corrientes en esta región [...] Si durante la Edad Media se representaban sin limitación alguna estos títeres, después son denostados por moralistas, no tanto como las comedias, ya que lo que se atacaba era su carácter lascivo, no la representación en sí. Esto hizo que /los títeres/ sustituyeran a las comedias en tiempos de Cuaresma, cuando estas se suspendían, e incluso algún obispo se mostró transigente tolerando su representación (Barceló Jiménez, 1980, pp. 19-20).

Los títeres y García Lorca

Aunque los españoles fueron quienes llevaron al Nuevo Continente el teatro de guiñol, no fue hasta hace un siglo cuando la personalidad más deslumbrante de la Generación del 27, Federico García Lorca —cuya muerte seguimos hoy lamentando y condenando— se convirtió en el mayor impulsor del teatro de títeres en España y en América latina, con su compañía *Los fantoches de Maese Perico*. Gran amante y difusor del arte titiritero, entre sus muchas obras para títeres destacan *El príncipe preguntón*, *La niña que riega la albahaca*, *Doña Rosita* y *Don Cristóbal* y *Los títeres de Cachiporra*. También puso en escena obras de Cervantes y de Esquilo.

Durante una estancia en Argentina, estrenó allí su espectáculo titiritero, aprovechando el éxito que había obtenido con la representación de *La zapatera prodigiosa* y *Bodas de sangre* con la compañía de Lola Membrives.

El entusiasmo despertado por la genialidad creativa de Federico, que había escrito expresamente para esa función *El retablillo de Don Cristóbal y Doña Rosita* fascinó a un público totalmente entregado la noche del 25 de marzo de 1934 en el Teatro Avenida de Buenos Aires. Lo que aconteció aquella noche fue determinante para el futuro de los títeres en América latina. Todo gracias a un Federico García Lorca bullanguero y capaz de transmitir su entusiasmo por el mundo de los *Títeres de Cachiporra*, como fueron llamados allí.



Figura 2. García Lorca y la actriz Helena Cortesina. Buenos Aires. 1934.

En la Región de Murcia, y solo en esta región, se sigue llamando *crisobitas* o *crisobicas* al teatro de guiñol, por asociación con el entrañable personaje de *Don Cristóbal* que creara el gran poeta granadino en su obra *Títeres de Cachiporra (El retablillo de don Cristóbal)*.

Los títeres en Murcia en los últimos cien años

Un detalle revelador de la presencia de los títeres en Murcia en el siglo pasado es el cartel que ganó en el año 1922 el concurso convocado por el Círculo de Bellas Artes para el baile de carnaval que se celebraría en la ciudad. Su autor, el murciano Luis Garay, pintor de costumbres populares y paisajes rurales, lo tituló *Guiñol*. Así lo describe Pedro Manzano (2020): «En él, dos muñecos caricaturescos de trapo bailan entre serpentinatas. La expresión de los rostros de gamuza es de una gracia inmensa, y el ritmo total elegante y sobrio».

Unos años después, ya en la década de los 30, el cronista Carlos Valcárcel (2003) recuerda la feria de aquella época en Murcia:

Habían toboganes, caballitos del tío vivo amenizados con un organillo y movidos por un paciente asno o por los robustos brazos del propietario de la atracción; tiros al blanco, norias, columpios, laberintos, espejos de la risa, y algo que apenas hoy cabe hallar, como los famosos teatros de guiñol, en Murcia llamados «crisobicas»(Valcárcel, 2003, p. 112).



Figura 3. Cartel de Luis Garay. Guiñol.

En 1931, durante la Segunda República, se crearon las Misiones Pedagógicas a propuesta de la Institución Libre de Enseñanza, para llevar la cultura y la educación a las zonas rurales del país, cuya población era analfabeta en su mayoría.

En las Misiones de Murcia, que tuvieron una gran repercusión, participaron muchos intelectuales, artistas y escritores, como el pintor Ramón Gaya, Carmen Conde y Antonio Oliver desde la Universidad Popular de Cartagena e incluso los poetas Luis Cernuda y Miguel Hernández.

Entre las múltiples actividades que se desarrollaron en esos años resaltamos aquí el *Retablo de Fantoques*, un teatrillo de guiñol que recorrió pueblos, caseríos y aldeas de toda España de 1931 a 1936. En el modelado de los muñecos y decorados intervino el pintor murciano Ramón Gaya.



Figura 4. Estreno de Retablo de Fantoques en Malpica (La Coruña) Octubre de 1933.

Muy poco se sabe de las funciones de guiñol en Murcia durante la época de la Guerra Civil, aunque sí que se hicieron representaciones teatrales infantiles, incluso algunas siendo niños los actores, como la del Cuadro Artístico Infantil «*Salud y Cultura*, de la J.S.U. (Juventud Socialista Unificada) de Alcantarilla, que representó en Murcia varias funciones con fines benéficos» (Martínez López, 2003, p. 143).

Tras la contienda, los teatrillos de guiñol, nuestros entrañables *crístobitas*, regresaron de nuevo a la Feria de Septiembre, y también a las plazas públicas

a manos, en los años de posguerra, de personal de la Falange y de la Sección Femenina.

Actualmente se celebra en Murcia desde hace casi dos décadas el TITERE MURCIA, uno de los tres mejores festivales de este arte que hay en España, junto con los de Madrid y Segovia. Aunque en este año de 2020, por el estado de alarma, no se ha celebrado, los asistentes de cualquier edad que acudan al el próximo festival disfrutarán de una magníficas actuaciones llevadas a cabo por las mejores compañías del mundo.

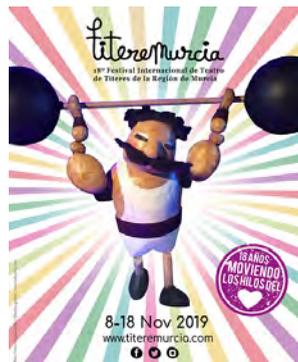


Figura 5. Titeremurcia 2019 www.titeremurcia.com

Por otra parte, a través de la televisión entró en nuestro hogares un guiñol bien hecho, con marionetas originales, bien diseñadas y buenos guiones, llenando muchas horas de entretenimiento y diversión. Programas infantiles como *Los Lunis*, *la Bruja Avería*, *Barrio Sésamo* con sus geniales personajes la Rana Gustavo, Coco, el Monstruo de las Galletas, los inmortales Epi y Blas... También, para los mayores, no olvidemos el *Guiñol de la Tele* o las *Noticias del Guiñol*, donde se parodiaba a políticos, deportistas y famosos en clave de humor; con una elevadísima audiencia, o la divertida pareja de marionetas, de las llamadas *de guante*, Trancas y Barrancas, que son un ejemplo de cómo el arte de los títeres se ha sabido modernizar sin desvirtuar en absoluto las ancestrales y sencillas técnicas de manipulación.

Yo, titiritero

Ahí están. Expectantes, con sus caritas inocentes. Se abre el telón. Una voz en *off* dice:

—¡Uy! Los niños esperando, y yo no sé por dónde se sale, no conozco este sitio... ¡ Ah, ya veo allí una escalera...! —Sale a escena, de espaldas al público—. Pero... ¿dónde están los niños? Los oigo, pero no los veo...

Sorprendidos, le gritan que se dé la vuelta, que ellos están detrás... Es Kaka, la compañera de Pipi, mis presentadores. Al oír sus nombres, los niños se parten de risa.

Han pasado diez minutos y ya los tengo ganados, ya se han hecho mis amigos, entregados por completo a los avatares, desmanes, persecuciones y emboscadas que surgirán a lo largo de sesenta minutos en ese escenario tan minúsculo como mágico en el que su imaginación sin límites pondrá un bosque donde solo hay un árbol, y un castillo grande, y una cueva enorme y profunda. Ríen con un Caballero Rescatador; torpe, despistado y algo miedoso (como ellos, a veces). Sufren y se enfadan mucho con el Diablo, villano feo que se mete con ellos. Es la eterna lucha del bien contra el mal.

Toda mi vida acercando magia e ilusión con el teatro guiñol con cuentos interpretados por muñequitos que hablan y se mueven. Cientos de niños de toda la región, quizás miles, han gritado, saltado, se han emocionado y se han enojado con el Caballero de la Mano en el Fuego, la bruja Pelocha, el Dragón Tontón, Felón el Bandido... Estoy seguro de que muchos de ellos, pese a las nuevas tecnologías, nunca los van a olvidar.



Figura 6. Marionetas de caballero y princesa. Fotografía del autor.

Durante esos años de títeres itinerantes me ha pasado de todo. En alguna ocasión llegué a una plaza o un teatro, invitado por el ayuntamiento de la localidad, y me encontré totalmente solo. Algún vecino compasivo, al ver mi tribulación, me decía:

—Mire usted, es que en este pueblo no hay zagales, y los pocos que hay están viendo la televisión...

Afortunadamente, todo se resolvía anunciando la función con altavoces y música, hasta que los niños y las niñas iban llegando... Aunque algo más tarde de la hora prevista. ¡Qué se le va a hacer...!

Otras veces, por el contrario, me he encontrado ante un público numeroso, entregado, enardecido, tan emocionado y tan metido en la obra representada que he tenido que echar el telón para evitar la lluvia de piedrecitas, gravilla del suelo que, enfadadísimos, los niños arrojaban a la Bruja o al Diablo. Obviamente, yo estaba debajo... ¡Y me caían todas a mí!

En fin, queridos lectores. Me lo he pasado muy bien haciendo felices a los pequeñitos, y he contribuido a cubrir un hueco en el espectáculo infantil inocente, sin pretensiones, tan solo con mis manos, mi voz, unos muñequitos de cartón y ese arte que se mantiene vivo desde la Antigüedad y que, como entonces, sigue

emocionando. Soy muchas cosas muy serias pero, de verdad, ser titiritero es lo más serio que he hecho en mi vida.



Teatrillo clásico de guiñol. Compañía Cascabel. Fotografía del autor.

¡QUÉ VIVAN LOS TÍTERES!

Referencias

- Barceló Jiménez, J. (1980). *Historia del Teatro en Murcia*. Murcia: Academia Alfonso X.
- García Lorca, F. (2005): *Los títeres de Cachiporra (El retablillo de D. Cristóbal)*. Barcelona: Octaedro.
- Jiménez, D. (13 de enero de 2015). «Desde mi picoesquina». Diario *La Opinión*. <https://www.laopiniondemurcia.es/opinion/2015/01/13/misiones-pedagogicas-murcia/617239.html>
- Manzano, P. (4 de agosto de 2020). Papeles de pared. El cartelismo en la Región de Murcia. 1922. Baile de Máscaras en el Círculo de Bellas Artes. *La Opinión*, p. 37.
- Martínez López, M.I. (2005). *El Romea y otros teatros de Murcia durante la Guerra Civil*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Valcárcel Mavor, C. (2002.) *Viejos recuerdos. (Gentes, fiestas, cosas y costumbres de la vida de Murcia de hace medio siglo)*. Murcia: Novograf.

Internet:

https://www.regmurcia.com/servlet/s.SI?sit=c,373,m,1915&r=ReP-26737-DETALLE_REPORTAJES

<http://www.residencia.csic.es/misiones/exposicion/expo9.htm>